

SOBRE LA MORALIDAD Y LA CONVENIENCIA DE LAS ARQUIVOLTAS (*).

JUAN ANTONIO RAMIREZ

Lo que un turista medio quiera saber sobre *la catedral más grande del mundo* está en las guías al uso. En ellas se dice que Saint John the Divine (Nueva York) fue comenzada en 1892 merced a la iniciativa y energía del obispo Henry Codman Potter (1834-1908); los arquitectos Heins & La Fargue ganaron el concurso convocado al efecto con un diseño vagamente richardsoniano que combinaba ingredientes bizantinos y románicos. Sobre las alturas de Morningside la estructura se fue levantando poco a poco, con un ritmo equiparable, casi, al de las catedrales medievales europeas. Tras el ábside, con gigantescas columnas cilíndricas en el deambulatorio, se planteó el espinoso problema del crucero. El proyecto inicial preveía la erección de una cúpula en mascarada hacia el exterior con la acostumbrada torre cónica, pero no estaba muy claro si los cimientos iban a soportar la pesada superestructura. Como, por otra parte, era más urgente la terminación de la nave, se adoptó una solución momentánea: Rafael Guastavino Jr. cubrió el inmenso espacio central con un casquete esférico *provisional* hecho con ladrillos planos superpuestos, al estilo de las bóvedas catalanas. Para levantar esto no fue necesario colocar cimbras gigantescas pues los obreros, como en la famosa cúpula florentina de Sta. María dei Fiore, apoyaban sus andamios en la parte previamente construída y seca, procediendo de modo concéntrico hasta alcanzar la cima. Las capas superpuestas de ladrillo fueron disminuyendo desde la base hasta la coronación, que tiene solamente once centímetros de espesor. Así, una técnica constructiva tradicional en algunas regiones españolas, transplantada a EE.UU. por el catalán Rafael Guastavino padre, alcanzó en esta catedral su culminación y triunfo apoteósico.

Esto ocurrió en 1909. Dos años más tarde, el plan de Heins y La Fargue fue sustituido por el de Ralph Adams Cram que incorporaba ingredientes del gótico inglés a unos rasgos claramente derivados de *L'île de France*. Con ello Saint John the Divine secundaba ritualmente el destino de algunas catedrales del viejo mundo, empezadas en el sólido estilo románico y acabadas con las ínfulas desmaterializadoras del gótico clásico. ¿Acabadas? Bueno, esa es regla general. Como es sabido muchas lograron sus fachadas en la época del barroco y otras (Colonia, Milán...) recibieron el toque final con la entusiástica *ma-rea del gothic revival* decimonónico.

Los trabajos de Saint John the Divine se detuvieron en 1941. Faltaba entonces por levantar buena parte de la fachada y las torres; tampoco se vislumbraba en aquellas fechas ninguna solución clara para el crucero que seguía temporalmente cubierto por la obra de Guastavino

no. Para explicarnos esta paralización debemos tener presentes ciertos cambios profundos acaecidos en el mundo. Estaba la Guerra Mundial que imponía austeridad desaconsejando (y a veces prohibiendo) las construcciones que no fuesen estrictamente *utilitarias*. Junto a eso, una nueva orientación pastoral, conectable con los aires del neorrealismo europeo, empezaba a mirar críticamente la ostentación mundana, el derroche megalomaniaco de esa obra ¿Qué pinta -se preguntaban algunos- una catedral gótica a mediados del siglo XX? Una interrogación - así se comprende mejor recordando las premisas ético-estéticas del Movimiento Moderno. El gusto estaba evolucionando. A mediados de los años treinta Le Corbusier recorrió los Estados Unidos predicando la racionalización, los muros desornamentados y la ortogonalidad. Alguna de sus conferencias fue pronunciada a pocos pasos de la catedral, en el Campus venerable de la Columbia University. Es muy significativo - que el famoso arquitecto suizo-francés no mencione para nada en su libro americano las obras de Saint John y eso que allí había realmente una catedral blanca, en plena construcción!.

El caso es que, después de la contienda mundial pareció doctrina aceptada que la gran catedral neoyorkina quedaría sin terminar hasta el día del Juicio Final o del holocausto atómico. Los gobernantes de la Iglesia Protestante Episcopal, al parecer, no estaban orgullosos sino avergonzados. Un remordimiento histórico les acongojaba - porque la obra más suntuosa de América se levantaba sobre Harlem, el ghetto negro y miserable de Manhattan. Aquello parecía una provocación y un testimonio elocuente de cómo la Iglesia afrontaba la pobreza y la segregación social. Por si fuera poco, la puerta de la catedral no se abría hacia el corazón de la ciudad (Harlem y Central Park) sino hacia la estrecha franja de tierra comprendida entre Columbia University y el Hudson River. Los diseñadores iniciales y los asesores eclesiaísticos despreciaron un setting de impresionante belleza - sin sospechar que, a partir de los años veinte, podría tener además - importantes consecuencias psico-sociológicas. ¿Imagináis el efecto de Saint John desparramando una aparatosa escalinata de acceso por el declive rocoso del Morningside Park? Entonces sí que, de verdad, física y emocionalmente, los pobres y los desheredados habrían sido permanentemente invitados a ascender hacia *el seno amoroso* de la Iglesia. Pero no, Saint John existía tácitamente por y para una élite blanca, y sus puertas desembocan, sin grandeza arquitectónica alguna, en Amsterdam Avenue, casi frente a la Columbia University. No olvidemos que to day hoy es muy difícil (casi imposible) encontrar negros en las aulas y departamentos de esa prestigiosa institución educativa.

Muchas razones parecían justificar, pues, el inacabamiento de la catedral. Cuando alguien recordaba todo aquello de la Magdalena - con sus perfumes y Jesús diciéndole a Judas que siempre habría pobres,

se le replicaba: *de acuerdo, pero las iglesias de nuestra época deben ser como Nuestra Señora de Ronchamp, como la catedral de Brasilia, etc.* Cuestión zanjada. Por lo demás, aquella obra colosal estaba casi acabada y a los turistas, arrastrados en masa por las naves laterales, - se les podía anonadar con los datos estadísticos esenciales: ocupa - un área mayor que las catedrales de Nôtre Dame y Chartres juntas, los muros tienen una altura de 37'5 mts. y la longitud es de 180'5 mts. - Exceptuando S. Pedro de Roma, ¿hay quien de más? No. Y nadie lo iba a dar en el futuro porque, se creía, la era de las catedrales había terminado para siempre.

Pero, ¡ay!, lo que ayer era cierto hoy parece sólo mera presunción. A finales de 1982 los medios de comunicación nos sorprenden con una noticia inesperada: las obras de Saint John the Divine se han reanudado. Andamios metálicos enmascaran la esquina suroeste y las - piedras de arenisca blanca vuelven a brillar bajo el cielo luminoso - de Manhattan ¿Qué ha ocurrido? ¿Acaso ha cambiado la orientación pastoral de la Iglesia? ¿Se ha producido un *golpe* de signo conservador? De nuevo la respuesta parece más próxima a la estética que a la ética. En los primeros años ochenta se ha perdido ya la fe bobalicona en ese progreso autoproclamado con los muros desnudos del estilo internacional. Walter Gropius o Mies van der Rohe no nos admiran tanto como nos aterrorizan. Lo que muchos *modernos* consideraron una *alternativa moral* (economía, racionalización) parece ahora coartada fácil para construir rápido y barato, con el consiguiente deleite de muchos especuladores desaprensivos. Por otra parte ¿cómo diablos puede aceptarse el dogma de que el ornamento es delito? ¿Por qué es más ético un pilar - de hormigón a palo seco que una columna con capiteles?. La actitud - postmoderna, nunca sepultada del todo en los Estados Unidos, ha traído como consecuencia que una obra neogótica pueda parecer tan apropiada como un rascacielos ortogonal. La continuación de Saint John the - Divine no es, pues, un acto aislado. Responde a las mismas tendencias culturales que han llevado a la construcción del neoyorkino Hotel Meridien en un estilo neoclásico, o a la rehabilitación, en todas las - grandes ciudades del mundo, de muchos viejos edificios en vez de tirarlos para construir otros nuevos.

¿Y los problemas pastorales? ¿Ya no es inmoral el lujo de una grandiosa catedral blanca elevándose sobre una zona negra y deprimida? Para afrontar esto ha bastado la tradicional sabiduría de la Iglesia y el sentido común. Un argumento sencillo: las riquezas de los - hombres se disipan como el viento, y más vale gastarlas en piedras talladas que en misiles nucleares, por poner sólo un ejemplo. En España siempre se ha dicho: *lo que se van a comer los gusanos que lo gocen - los cristianos*. No hay razón, pues, para privar ni a los fieles ni a los escépticos del placer causado por el arte noble y grandioso de la

arquitectura tradicional. Desde los tiempos del abad Suger está claro que la belleza artística no es pecado. Uno apostaría que las calderas infernales acogen con más frecuencia a los entusiastas de los modernos pisos *funcionales* (¿los hay?) que a los aficionados a contemplar primorosas arquivoltas talladas. Las autoridades eclesiásticas de Nueva York han comprendido, además, que la mejor manera de ayudar económicamente al vecindario es proporcionándole puestos de trabajo dignos y permanentes. Pongamos por caso, en la construcción de la Catedral. Así se ha hecho. Una cuadrilla, compuesta fundamentalmente por negros y mulatos de los alrededores, ha recibido entrenamiento especial para cortar y tallar, a pie de obra, los grandes bloques de piedra. Una nueva logia de espíritu medieval, está abierta todo el año en un pabellón, al norte de la catedral. En los alrededores se secan las piedras durante un largo tiempo, antes de ser colocadas definitivamente en las torres o en la fachada. Nadie se precipita. Sin prisa pero sin pausa, como en los seculares precedentes europeos, la obra progresa a un ritmo imperceptible para el apresurado ciudadano moderno, pero evidente (y hasta quizá precipitado) para los hipotéticos ojos celestiales. ¿Qué son cincuenta o cien años comparados con la eternidad?

En un mundo frágil, seriamente amenazado por el delirio armamentista, esta determinación en proseguir una obra cuya fecha de terminación es imprevista, merece por lo menos una respetuosa consideración. A mí me parece que hay ahí un optimismo algo loco, irracional. ¿No puede revelar también un síntoma de rebeldía? Una gigantesca catedral gótica, en efecto, no agrada ni a las grandes compañías, ni a los supergobiernos, ni a los generales del Pentágono. En el mejor de los casos los deja indiferentes, como si se tratara de una chifladura inofensiva. Pero ahora imaginemos que el virus se propaga y de pronto, por todas partes, la gente reclama edificios con elaborados bajorrelieves, murales, bellas columnatas y pináculos atrevidos ¡El arte convertido en artículo de primera necesidad! ¿Cómo encajar eso con las leyes que rigen nuestro sistema económico? Continuar los trabajos de *la catedral más grande del mundo* no es, pues, una cosa anecdótica, si no un síntoma tan excitante como revelador. En Barcelona los *locos* de la Sagrada Familia parecen haber incrementado su actividad en las últimas fechas. Aplausos. ¿Y en Madrid? ¿No va siendo hora ya de reanudar los trabajos en la Catedral de la Almudena? No me respondáis que es un disparate y que carece de sentido porque, ¿dónde está el sentido de la racionalidad predominante? Y si lo queréis con aire de proclama revolucionaria podemos lanzar algunos gritos: *¡Rebeldes de todo el mundo, uníos! ¡Construyámonos palacios! ¡Acabemos las venerables catedrales!*

- - - - -

(*) El presente texto fue escrito en Nueva York el 2 de Febrero de 1983. Forma parte del libro *Oxidos mezclados* que ha publicado recientemente Ediciones Libertarias en su colección "Pluma Rota".